

CAMBIO Y CONTINUIDAD EN LA ELECCIÓN DE BACHELET

Change and continuity in Bachelet's election

José M. IZQUIERDO* y Patricio NAVIA**

* *Universidad Diego Portales*

** *New York University y Universidad Diego Portales*

✉ *jose.izquierdo@udp.cl*

✉ *patricio.navia@nyu.edu*

BIBLID [1130-2887 (2007) 46, 75-96]

Fecha de recepción: enero del 2007

Fecha de aceptación y versión final: junio del 2007

RESUMEN: La llegada al poder de Michelle Bachelet, en 2006, supuso continuidades y cambios en la política de Chile. Las continuidades están dadas por el cuarto triunfo consecutivo de la Concertación, la coalición de centro-izquierda histórica de Chile desde el retorno de la democracia en 1989. Los cambios surgen de la misma figura de Bachelet, primera mujer en alcanzar el sillón presidencial en el país. El contexto electoral del año 2006 se caracterizó por las divisiones de la derecha, por una excelente *performance* del gobierno anterior de Ricardo Lagos así como por aciertos y errores por parte de la Concertación. Los desafíos que encara la presidenta tienen que ver con poder conjugar estos elementos de continuación e innovación de la política chilena.

Palabras clave: Chile, Bachelet, partidos políticos, coaliciones, elecciones.

ABSTRACT: Michelle Bachelet's coming to power in 2006 brought continuities and changes to Chilean politics. The continuities are seen in this fourth consecutive winning for the *Concertación*, Chilean's historical left-centered coalition since the recovery of democracy in 1989. The changes arise with Bachelet's person, being the first woman to be president of the country. 2006 electoral context characterized by divisions within right-wing parties, by an excellent performance of Ricardo Lagos previous government as well as by successes and mistakes of the *Concertación*. The challenges the president faces are linked to her ability to articulate these continuity and innovative elements in Chilean politics.

Key words: Chile, Bachelet, political parties, coalitions, elections.

I. INTRODUCCIÓN¹

La elección presidencial de Michelle Bachelet en enero de 2006 representó una singular mezcla de continuidad y cambio en el paisaje político chileno. Si bien la doctora pediatra socialista entró a la historia al convertirse en la primera mujer presidenta en su país –y en la primera presidenta en América Latina que no era esposa o viuda de un político conocido– su elección también constituyó el cuarto triunfo electoral consecutivo de la coalición centro-izquierdista que ha gobernado Chile desde que terminó la dictadura de Pinochet en 1990. Porque evidencia la enorme estabilidad política electoral que se ha observado en ese país desde que la Concertación llegó al poder y porque al mismo tiempo marcó un hito monumental en el desarrollo político y social de Chile, el triunfo de Bachelet constituye un excepcional balance entre cambio y continuidad. Su triunfo aseguró que la centro-izquierdista Concertación se convierta en la más longeva coalición de gobierno en las últimas décadas en América Latina y en toda la historia de Chile.

En lo que sigue, analizamos el contexto político, social y económico de la campaña presidencial de 2005. Destacamos tanto el ventajoso contexto económico en que terminó el sexenio del también presidente socialista Ricardo Lagos así como los conflictos que contribuyeron a la división de los partidos políticos derechistas de oposición. Después de analizar el proceso que culminó en la proclamación de Bachelet como candidata de la coalición centro-izquierdista, discutimos la forma en que se desarrolló la campaña presidencial, subrayando tanto algunos aciertos así como errores cometidos por la candidatura de la coalición oficial. Posteriormente damos cuenta de los principales motivos que explican la victoria de Bachelet y de la Concertación. Finalizamos evaluando los efectos que tuvo esta victoria en las dos principales coaliciones del sistema político chileno.

II. EL CONTEXTO IMPORTA: CHILE EN 2005

Los resultados de las elecciones son indiscutidamente influenciados por el desempeño del gobierno saliente (Grofman, 1995). Los electores tienden a premiar a los gobiernos exitosos con la reelección y castigan a los gobiernos no exitosos al votar por la oposición (Ferejohn, 1986). En general, hay suficiente evidencia teórica y empírica que sustenta una relación directa entre el desempeño económico y político del gobierno saliente y los resultados electorales. El caso de Chile en 2005 constituye un ejemplo casi perfecto del efecto positivo que tienen los gobiernos exitosos sobre el desempeño electoral de los candidatos a la presidencia del partido en el poder.

Durante el sexenio del presidente Lagos (2000-2006), la economía chilena se expandió a una tasa promedio de 4,1%. Después de experimentar una recesión de -0,8% en

1. Agradecemos los comentarios de los evaluadores externos de *América Latina Hoy*, *Revista de Ciencias Sociales*.

1999 (la primera en quince años), la economía se expandió en un 4,5% durante el primer año de esa administración socialista. El enfriamiento de la economía mundial en 2001 repercutió también en Chile, cuya tasa de crecimiento cayó a un 3,4% en 2001 y a un 2,2% en 2002. En 2003, la economía comenzó a repuntar (3,9%), para luego experimentar una saludable mejoría en 2004 (6,2%) y en 2005 (6,3%).

La inflación se mantuvo bajo control durante el sexenio de Lagos, confirmando lo observado durante las administraciones concertacionistas de los presidentes Patricio Aylwin (1990-1994) y Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000). Durante el período de Lagos, la inflación alcanzó un promedio de 2,9% anual. Ahora bien, el desempleo se mantuvo en tasas relativamente altas (promedio de 8,8% anual), pero en 2005 éste bajó hasta un 8%. Así, la jornada electoral del 11 de diciembre de 2005 –cuando se escogió presidente y se renovó la totalidad de la Cámara de Diputados y la mitad del Senado– presentaba un inmejorable contexto económico para la coalición de gobierno que buscaba mantenerse en el poder.

Lagos fue el tercer presidente elegido en Chile después del retorno de la democracia en 1990. Al igual que sus antecesores Aylwin y Frei Ruiz-Tagle, Lagos gobernó junto a la coalición centro-izquierdista Concertación. Pero a diferencia de Aylwin y Frei, Lagos no era militante del Partido Demócrata Cristiano (PDC), sino del Partido Socialista (PS) y además fundador del Partido Por la Democracia (PPD). Las diferencias con sus predecesores no terminaban allí, mientras Aylwin y Frei llegaron a La Moneda después de obtener holgadas victorias, Lagos se vio obligado a ir a una segunda vuelta en la elección presidencial. Además, comenzó su período en un contexto económico bastante desfavorable pero también heredó una serie de legados positivos de las administraciones anteriores. Si bien Aylwin lideró exitosamente la transición y Frei avanzó un proceso de modernización y desarrollo económico, Lagos recibió un país con mucha menos pobreza y menos problemas que el que encontraron Aylwin y Frei.

Al comparar los niveles de aprobación presidencial de Lagos con el de sus predecesores (en la respetada encuesta del Centro de Estudios Públicos –CEP–), queda en evidencia que Lagos fue el único de los tres presidentes postdictadura que terminó con niveles de aceptación superiores a los que tuvo al comenzar su gestión. Aylwin inició su período con un nivel de aprobación muy alto. Además de la usual popularidad que todos los presidentes poseen durante sus llamadas luna de miel de los primeros meses, Aylwin se benefició del entusiasmo por el inicio de un nuevo período democrático. Comprensiblemente, su popularidad comenzó a bajar a medida que la realidad de la exitosa, pero difícil, transición a la democracia evidenciaba algunos problemas. Cuando se acercaba la mitad del cuatrienio de Aylwin, su popularidad ya había caído a un 50%, lugar donde se mantuvo hasta el final de su período. En cambio, Frei experimentó una muy corta luna de miel. De hecho, su popularidad inicial de poco más del 50% rápidamente comenzó una tendencia a la baja hasta alcanzar menos del 40% a los dos años de gobierno. Las tasas de aprobación de Frei siguieron en descenso hasta caer por debajo del 30% en la última medición tomada durante su sexenio, en diciembre de 1999.

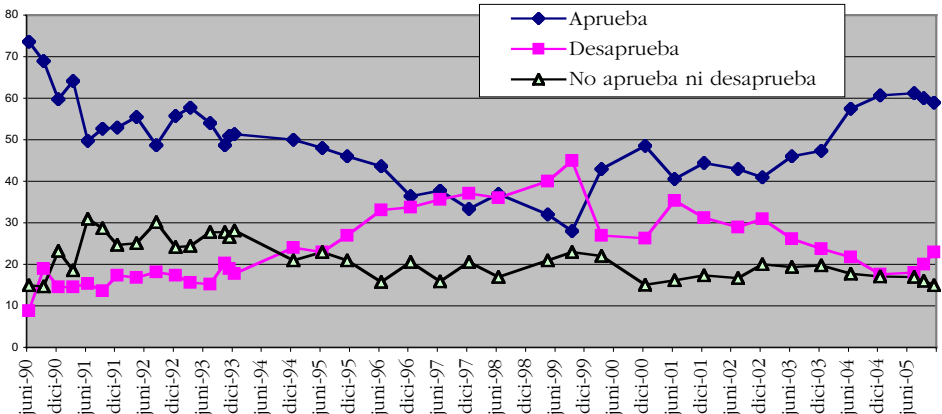
Al asumir el poder, Lagos también gozó de una luna de miel. Su popularidad marcó más de un 40% en la medición que realizó el CEP en junio de 2000. A su vez,

aquellos que rechazaban la gestión del primer mandatario no alcanzaban al 30%, cifra sustancialmente menor a los que rechazaban la gestión de Frei al final de su mandato. En la medición de diciembre del año 2000, Lagos obtuvo una aprobación cercana al 50%, mientras que los que rechazaron su gestión no alcanzaron a superar el 30%. Lagos disfrutó de un buen primer año, posiblemente gracias al efecto de haber reemplazado a un gobierno impopular y porque la economía efectivamente mostró signos de mejoría en 2000.

Los niveles de aprobación de Lagos cayeron a partir de 2001, alcanzando sus puntos más bajos en junio de 2001 y en diciembre de 2002. Durante todo el período 2001-2003, sus niveles de aprobación no superaron el 50%. No obstante, a partir de comienzos de 2003, su aprobación comenzó a experimentar una tendencia al alza. Así, Lagos se convirtió en el primer presidente de la nueva era democrática que vio su popularidad ascender a niveles superiores a los experimentados durante sus primeros meses en el poder (Navia, 2006).

Si en el peor momento de Lagos, en junio de 2001, el rechazo a la gestión del primer mandatario alcanzó su punto más alto (36%), su nivel de rechazo observó una tendencia constante a la baja a partir de entonces. En diciembre de 2004, menos de un 20% de los encuestados rechazaban la forma en que Lagos estaba conduciendo el gobierno. Comprensiblemente, en la medida que la campaña electoral introdujo mayores niveles de polarización en el país, el porcentaje de aquellos que rechazaban la gestión de Lagos aumentó levemente, para ubicarse por sobre el 20% hacia fines de 2005.

FIGURA I. NIVELES DE APROBACIÓN PRESIDENCIAL, 1990-2005



Fuente: Elaborado por los autores con datos de www.cepchile.cl.

Al comparar sus niveles de aprobación con los de sus predecesores, el sexenio de Lagos destaca por dos características. Primero, Lagos experimentó una luna de miel que se extendió por un período más prolongado que las de Aylwin y Frei. Lagos vio

aumentar su popularidad durante todo el primer año de su gestión, mientras que Aylwin y Frei –por razones diferentes– vieron su popularidad disminuir desde el comienzo de sus gestiones. Segundo, Lagos fue el único de los tres presidentes que terminó con niveles de aprobación superiores que los que tuvo al comenzar su gestión. Más aún, Lagos experimentó una creciente tendencia al alza durante los últimos años de su gobierno. Aunque esta tendencia coincidió con un buen momento económico para el país, en similares circunstancias favorables, Aylwin no tuvo la misma gloriosa y popular despedida en las encuestas que disfrutó Lagos.

Incuestionablemente, la mejora en la situación económica contribuyó a un aumento en la popularidad del presidente saliente en el año 2005. Pero ese despegue en popularidad –observado en la Figura 1– se inició con anterioridad a la mejoría económica experimentada a partir de 2003. Probablemente Lagos logró terminar su período con un nivel de aprobación superior al que tenía cuando comenzó su mandato precisamente por el buen desempeño de la economía. Pero también hay evidencia para sugerir que el aumento de popularidad de Lagos se explica también por otros motivos. Durante 2003 y 2004, Chile ocupó una banca no permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU. Ya que el gobierno estadounidense buscó la aprobación del Consejo para declarar una guerra a Irak, Chile se vio obligado a tomar una posición respecto a los méritos de los argumentos utilizados por Estados Unidos (Muñoz, 2005).

La determinación de Lagos de defender la independencia de la ONU y de oponerse a apoyar la voluntad estadounidense aparentemente tuvo un efecto positivo en sus niveles de aprobación en Chile. Ya que en ese momento el país estaba en el proceso final de negociación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, muchos en Chile presionaron para que el gobierno apoyara la iniciativa militar de Bush a cambio de asegurar un apoyo de la Casa Blanca a favor del acuerdo. Lagos hizo saber públicamente su intención de oponerse al intento del gobierno de Bush de legitimar en la ONU su intención de derrocar a Saddam Hussein. La determinación de Lagos pareció no tener costos demasiado elevados para su gobierno. Al final del día, el Congreso estadounidense ratificó el tratado firmado por los gobiernos de Chile y Estados Unidos y ambos países avanzaron decididamente en su proceso de integración comercial. Mejor aún, la popularidad de Lagos pareció mejorar inmediatamente después de ese incidente.

Adicionalmente, en enero de 2004, en una cumbre de líderes de las Américas celebrada en la ciudad mexicana de Monterrey, el presidente chileno respondió en términos firmes el llamado que realizó el entonces primer mandatario de Bolivia, Carlos Mesa, a que Chile y Bolivia iniciaran negociaciones para encontrar una salida a la demanda boliviana de tener acceso soberano al océano Pacífico. Lagos respondió que «para conversar hay que tener relaciones diplomáticas» e insistió en ofrecer intercambio de embajadores con Bolivia «aquí y ahora». La firmeza de esas declaraciones fue celebrada ampliamente en los medios de comunicación chilenos. En cierta medida, parecía que el personalismo relativamente autoritario de Lagos y su firmeza en defensa de principios democráticos –así como su determinación a hacer que Chile fuera una nación respetada– le rindieron dividendos positivos ante la opinión pública nacional.

Ahora bien, en forma coincidente con su postura frente a la guerra en Irak, el acuerdo al que llegó el presidente Lagos con el diputado Pablo Longueira, presidente de la derechista Unión Demócrata Independiente (UDI), el principal partido de oposición, para realizar una profunda reforma de modernización del Estado y transparentar parcialmente los gastos de campañas políticas fue también entendido como una incuestionable señal de gobernabilidad y responsabilidad política por parte del primer mandatario y del líder del principal partido de oposición. Porque Lagos fue capaz de sentarse a negociar con la oposición en un momento particularmente difícil para su gobierno, poniendo por delante los intereses del país sobre los de su propia coalición, la opinión pública aparentemente lo premió con superiores niveles de aprobación (Navia, 2004).

Naturalmente, ante la ausencia de encuestas de opinión pública que expliquen la influencia diferenciada de ambos fenómenos, sólo podemos especular respecto a las causas no económicas que influyeron en la popularidad de Lagos. Pero sea cual sea el motivo, hay suficiente evidencia para sugerir que si bien Lagos se benefició de los buenos tiempos económicos, el aumento en sus niveles de popularidad se debió también –y desde antes de la recuperación económica– a sus acciones políticas durante el año 2003. Es más, porque su popularidad comenzó a despegar antes de que lo hiciera la economía, debemos atribuirle –al menos parcialmente– el exitoso final de su sexenio, en cuanto a aprobación ciudadana, a variables políticas relacionadas con las decisiones y posturas que adoptó el presidente durante los seis años que se mantuvo en el poder. Así, la combinación de un contexto económico ventajoso con el buen nivel de apoyo con que Lagos terminaba su gestión puso a la Concertación en una inmejorable posición para ganar las elecciones presidenciales y parlamentarias en diciembre de 2005.

Pero el comportamiento electoral de una sociedad no es influenciado exclusivamente por variables socioeconómicas. Hay bastante evidencia que sugiere que los electores también son influidos por variables más permanentes en el tiempo. Diferentes estudios han demostrado que la condición de clase, la religión, la etnia o incluso la militancia de los padres ayudan a explicar el comportamiento electoral en una sociedad (Lau y Redlawsk, 2006). En Chile, existe una rica tradición que asocia el comportamiento electoral con clivajes permanentes en el tiempo (Tironi y Agüero, 1999; Torcal y Mainwaring, 2003; Scully, 1992; Valenzuela, 1977; Valenzuela y Scully, 1997; Gil, 1969). La clásica división del electorado y del sistema político en tres tercios se construye a partir de modelos –usualmente asociados con la escuela de Michigan, que entiende el comportamiento electoral de las sociedades como resultado de clivajes permanentes en el tiempo (Lau y Redlawsk, 2006)– que suponen preferencias electorales estables en el tiempo. Incluso aquellos que plantean que los tradicionales tercios fueron reemplazados por un nuevo alineamiento en torno al eje autoritarismo-democracia (Tironi y Agüero, 1999) suponen que hay patrones de comportamiento electoral profundamente arraigados en la sociedad chilena que permiten explicar el predominio electoral de la Concertación desde que retornó la democracia en 1990. De hecho, la Concertación ha salido victoriosa en todas las elecciones celebradas en Chile desde el plebiscito de 1988. En cierto modo, lo «normal» es que la Concertación triunfe en las elecciones. Ya sea

porque la coalición de centro-izquierda representa dos de los tres tercios (al centro y a la izquierda) o porque el clivaje dictadura-democracia es desfavorable para la oposición de derecha, al final del día la Concertación ejerce un incuestionable predominio electoral en Chile que se explica por razones ajenas, e incluso más poderosas, que las variables de comportamiento económico.

Subrayando el predominio histórico de la Concertación, los resultados de las elecciones municipales en octubre de 2004 representaron una clara señal de apoyo a la Concertación. La centro-izquierdista coalición de gobierno logró un 47,9% de los votos, superando por más de 10 puntos porcentuales la votación de la derechista Alianza –formada por Renovación Nacional (RN) y la UDI– en la elección para concejales. En la elección para escoger a los alcaldes de las 345 comunas del país, celebrada en forma concurrente, la Concertación también se impuso con un 44,8% de los votos, logrando escoger alcaldes en 203 comunas, muy por encima de las 104 comunas donde se impusieron los candidatos de la Alianza. Si bien cada elección se decide durante la campaña, el punto de partida de la Concertación en 2005 permitía anticipar que el electorado chileno parecía decidido a ratificar en el poder a la misma coalición que había gobernado desde el fin de la dictadura. Por ello, el contexto de esa elección debe ser definido como uno especialmente favorable para un triunfo electoral de una propuesta política de continuidad.

Así, ya sea por motivos de coyuntura económica de corto plazo (crecimiento sostenido, bajo desempleo y altas expectativas sobre crecimiento futuro) o por razones más históricas de clivajes más profundos (dos de los tres tercios o predominancia de las fuerzas democráticas en el eje dictadura-democracia), la Concertación estaba especialmente posicionada para obtener una ventaja en la contienda presidencial de 2005, en forma casi independiente de quién fuera el candidato. Aunque, como discutimos en la siguiente sección, el proceso de elección de los candidatos otorgó una ventaja adicional a la coalición de centro-izquierda sobre su coalición rival de centro-derecha.

III. CAMBIO DE GUARDIA: LA ELECCIÓN DE LA CANDIDATA DE LA CONCERTACIÓN

Si el contexto era favorable a la continuidad en políticas económicas, el proceso que culminó con Michelle Bachelet como la candidata de la Concertación reflejó una serie de quiebres y rupturas con la forma en que tradicionalmente la Concertación había escogido a sus abanderados presidenciales. En un contexto favorable a la continuidad en políticas económicas, la designación de Bachelet como candidata presidencial dio muestra de un cambio significativo en aproximación a la política al interior de la coalición de gobierno chilena.

Producto de las dinámicas propias de la transición a la democracia (Przeworski, 1991), en sus inicios, y en sus primeros años en el poder, la Concertación privilegió los acuerdos de élite para facilitar la consolidación democrática y para evitar posibles regresiones autoritarias (Boeninger, 1997; Zaldívar, 1995). Si bien la transición chilena ha sido ampliamente considerada exitosa (Menéndez-Carrión y Joignant, 1999; Drake y

Jaksic, 1999), el proceso de consolidación democrática en ese país también se caracterizó por privilegiar los mecanismos de democracia desde arriba (*top-down*) en desmedro de estrategias que privilegiaran mayor participación popular *-bottom-up-* (Winn, 2004; Moulián, 1997).

Al llegar al poder, Lagos reconoció la necesidad de promover la inclusión en su gobierno. Ya que su victoria había coincidido con la desaparición de Pinochet como actor político relevante (después de 16 meses de arresto domiciliario en Londres y su liberación por razones humanitarias), Lagos parecía llegar a un palacio de gobierno menos limitado por las amenazas (reales o imaginadas) que representó Pinochet, líder del Ejército hasta marzo de 1998, para sus predecesores. Por eso, además de hacerse cargo de la necesidad de profundizar la democracia y cerrar la transición, Lagos también parecía estar especialmente consciente de la necesidad de introducir mejores mecanismos de participación y rendición de cuentas en un sistema democrático que había pasado de la transición a la consolidación (Menéndez-Carrión y Joignant, 1999).

Probablemente, la decisión de Lagos de nombrar a un abultado número de mujeres en cargos de importancia quedará como uno de los principales legados del primer presidente socialista después de Allende. La incorporación de mujeres a altos puestos en el aparato de gobierno respondía también a una demanda por más inclusión que ya se hacía evidente al interior de la coalición de gobierno y en la sociedad en general. Además de designar a cinco mujeres en su primer gabinete de 16 ministros, Lagos fue el primer presidente en nombrar una jueza en la Corte Suprema. La cantidad de mujeres que Lagos designó en puestos importantes fue superior a la suma de todas las mujeres nombradas en puestos similares en los últimos 40 años.

Entre las mujeres que el presidente Lagos nombró en su primer gabinete destacaba Soledad Alvear (PDC), que por el importante papel que desempeñó en la campaña para la segunda vuelta de Lagos, tempranamente se convirtió en la favorita para sucederlo como candidata presidencial de la Concertación en las elecciones de 2005. Alvear fue nombrada como ministra de Relaciones Exteriores a la vez que otras cuatro mujeres fueron designadas en otras carteras del gabinete. La socialista Michelle Bachelet, médico de profesión, fue nombrada titular en la cartera de Salud. Y si bien era desconocida políticamente para la mayoría de las personas, su estilo afable y directo, su evidente simpatía y su sinceridad al momento de enfrentar a la prensa y a las personas le granjearon rápidamente la confianza de los electores. La popularidad de Bachelet fue creciendo de tal forma que en el primer ajuste importante de su gabinete, en enero de 2002, el presidente Lagos la nombró ministra de Defensa, la primera mujer en ocupar ese cargo en la historia de Chile.

Militante socialista desde su juventud, Bachelet fue también candidata de la continuidad concertacionista. Hija de un general de la Fuerza Aérea que murió cuando estaba detenido por la dictadura, detenida, torturada y exiliada, y luego capaz de simbolizar la reconciliación nacional al ser nombrada ministra de Defensa, Bachelet siempre fue una leal y disciplinada militante socialista. Su candidatura emanó fundamentalmente del enorme apoyo ciudadano que concitó su desempeño como ministra de Defensa del gobierno concertacionista. Su meteórica carrera política, que se inició como ministra

de Salud en marzo de 2000 y luego como titular de Defensa en enero de 2002, la convirtió en candidata oficial de la Concertación en junio de 2005. Su ascenso político fue posible gracias a la existencia de la alianza de centro-izquierda que ha ostentado el poder desde 1990. En este sentido, Bachelet es la más concertacionista de los presidentes de la coalición: mientras Aylwin, Frei y Lagos tuvieron herramientas propias para llegar al poder, las fortalezas de Bachelet se desarrollaron exclusivamente en el contexto del gobierno de la Concertación. Por cierto, sin la Concertación, el liderazgo carismático de Bachelet –construido a partir de la confianza y cercanía personal que la caracterizan– podría ser definido como populista. Pero, al convertirse en la candidata enormemente popular de una coalición estable formada por partidos fuertes, sería errado asociarla con el fenómeno populista ampliamente conocido en América Latina.

El proceso que permitió a Bachelet convertirse en candidata de la Concertación no estuvo exento de tensiones. Ya que es una coalición formada por cuatro partidos –los ya mencionados PDC, PS y PPD más el Partido Radical Social Demócrata (PRSD)– la Concertación se comporta a menudo como una coalición de gobierno típica de los regímenes parlamentarios. Preocupada de los balances y equilibrios entre los distintos partidos miembros, los gobiernos de la Concertación asignan puestos de confianza políticos a militantes de los distintos partidos que la componen. Si bien puede ser compleja, la negociación para asignar a cada partido distintos puestos en el gabinete y distintos espacios de poder e influencia en políticas públicas en el gobierno se ve facilitada por el hecho de que los puestos de gabinete y los puestos de confianza son divisibles. No ocurre lo mismo con la elección del candidato presidencial de la coalición. Sólo un partido puede ser representado, en la persona del candidato, en esa tarea. Por eso, el procedimiento para seleccionar al candidato presidencial de la coalición –y como hemos discutido, al más probable ganador de la contienda presidencial en el año 2005– revestía una cuota especial de dificultad.

En las tres ocasiones anteriores, el procedimiento había mezclado consideraciones de realidad política coyuntural, peso relativo de los partidos y posicionamiento en las encuestas. En 1989, considerando los complejos desafíos de la transición, los partidos de izquierda de la coalición estuvieron rápidamente dispuestos a apoyar al candidato presidencial del PDC como abanderado de toda la coalición. De esa forma, Patricio Aylwin (DC) se convirtió en el primer presidente democráticamente elegido en el Chile postdictadura (Angell, 2005; Cavallo, 1998; Otano, 1995). En 1993, la enorme popularidad del entonces senador Eduardo Frei Ruiz-Tagle le daba una ventaja considerable sobre otros contendientes presidenciales, especialmente el aspirante socialista/PPD Ricardo Lagos. Más para sentar precedente que para intentar revertir una situación evidentemente favorable para el aspirante DC, los partidos de izquierda de la Concertación lograron que se estableciera un mecanismo de primarias semiabiertas para seleccionar al abanderado de la Concertación. En dichas primarias, el senador Frei Ruiz-Tagle se impuso fácilmente al líder socialista Ricardo Lagos (Godoy, 1994; Navia, 2005).

Para la elección presidencial de 1999, la popularidad de Lagos superaba ampliamente la de cualquier otro aspirante presidencial concertacionista. No obstante, ya que el PDC había logrado mantener la hegemonía sobre los candidatos presidenciales

hasta entonces, fue necesario celebrar primarias para que los simpatizantes de la Concertación escogieran al candidato ganador. En dichas primarias, Ricardo Lagos se impuso ampliamente sobre el abanderado de la DC, Andrés Zaldívar. Así, ratificado en primarias abiertas y vinculantes, Lagos se convirtió en el primer candidato presidencial de la Concertación que no militaba en el PDC (Dussailant, 2005; Navia y Joignant, 2000).

Así, cuando se acercaba el momento de escoger al candidato presidencial de la coalición de gobierno, las alternativas disponibles para escoger un nombre eran amplias y variadas. Las tres elecciones anteriores habían terminado produciendo mecanismos distintos para escoger al candidato. Si bien muchos quisieron mantener las primarias como el mecanismo más legítimo (y participativo), el desarrollo de los eventos políticos terminó por hacer innecesaria la celebración de primarias. Después de bastante tensión y negociaciones, los partidos de la Concertación optaron por celebrar primarias a fines de julio de 2005. No obstante, presionada por su bajo rendimiento en las encuestas, la aspirante del PDC, Soledad Alvear, abdicó sus aspiraciones a favor de la abanderada socialista Michelle Bachelet en mayo de 2005. Así, sin mediar primarias de por medio, Bachelet se apoyó en su enorme popularidad en las encuestas para lograr ser proclamada como candidata única por todos y cada uno de los partidos de la Concertación.

Distintos análisis han abordado los motivos de la incapacidad de Alvear para consolidar sus aspiraciones presidenciales. La ex ministra de Relaciones Exteriores de Ricardo Lagos abandonó el gabinete a fines de 2004, junto a Bachelet, para iniciar su propia campaña presidencial. Pero a diferencia de la aspirante socialista —que rápidamente recibió el apoyo del PS y el PPD, después que otros aspirantes de esas carteras anunciaran su decisión de no competir por la nominación— la aspirante del PDC se encontró con una férrea oposición interna, comandada por el presidente de su partido, el senador Adolfo Zaldívar. Si bien Alvear logró derrotar a Zaldívar en una interna del partido a comienzos de 2005, y así proclamarse como precandidata por la DC a la presidencia, los conflictos internos en su partido debilitaron sus posibilidades. Alvear nunca logró consolidar su liderazgo interno y dedicó tanto más tiempo a cuestiones internas del partido que a competir contra Bachelet por el apoyo de los simpatizantes concertacionistas. Si bien Bachelet probablemente tenía más habilidades como candidata que Alvear, los conflictos internos de la DC debilitaron a la ex canciller. Al final, Alvear terminó por renunciar a su candidatura y Bachelet se convirtió así en la abanderada de una coalición de gobierno que llegaba en condiciones inmejorables a enfrentar el desafío de ganar una cuarta elección presidencial consecutiva.

En un contexto de satisfacción generalizada con el desempeño económico del país y con el manejo político del gobierno de Lagos —y de la Concertación en general— la candidatura de Bachelet exitosamente combinó la continuidad en políticas económicas con el cambio en temas como la inclusión y una mayor participación ciudadana en las decisiones de gobierno (*bottom-up democracy*).

IV. UN NUEVO ESCENARIO DE DIVISIÓN: DOS CANDIDATOS PRESIDENCIALES DE LA ALIANZA

De acuerdo con la tendencia más estable en la derecha, la elección de 2005 dejó en evidencia la existencia de dos fuerzas opositoras. La debilidad de la precandidata de la DC, Soledad Alvear, impulsó el ingreso de Sebastián Piñera a la carrera presidencial, como candidato del partido de derecha Renovación Nacional. Dividida en su origen por cuestiones relacionadas al apoyo al régimen militar y a la tensión entre religiosidad y ley civil (Allamand, 1999a y 1999b), la Alianza no logró consolidar liderazgos mayoritarios, condenando a sus partes a competir por migajas de poder parlamentario. Así, la división de los desafiantes de la Concertación reforzó la idea de que el electorado pudo elegir a Bachelet privilegiando la gobernabilidad que ofrece el pacto de gobierno y el cambio de estilo, representado en el carácter femenino y en una oferta por mayor horizontalidad.

En 1999, la tendencia en la derecha pareció romperse con un candidato del partido de la extrema derecha. Joaquín Lavín (UDI) tuvo el mejor desempeño electoral de la Alianza desde el retorno de la democracia (Dussailant, 2005; Angell y Pollack, 2000).

Ya que estuvo tan cerca de obtener la victoria, Lavín se consolidó como el candidato favorito de la Alianza para las presidenciales de 2005. No obstante, hacia fines del sexenio de Lagos, la popularidad de Lavín cayó, se estableció un nuevo cronograma electoral al reducir el período presidencial a cuatro años y estableciendo la concurrencia de elecciones presidenciales y parlamentarias. Así se conjugaron factores propios de los incentivos institucionales. La opinión pública, por otra parte, comenzó a entregar señales que determinaron la opción de los partidos de derecha de presentarse divididos. Así y todo, la decisión de la Alianza de presentar dos candidatos presidenciales fue relativamente exitosa, porque permitió retener electores volátiles, aunque relativamente ineficaz en el esfuerzo por apadrinar al centro político.

Como se puede observar en la Tabla I, la derecha no logró recuperar el 43% de la votación que obtuvo Pinochet en 1989 hasta la elección de 1999.

TABLA I. RESULTADOS DE ELECCIONES PRESIDENCIALES EN CHILE, 1989-2005

Año elección	Candidatos derecha	Candidatos Concertación (centro-izquierda)	Candidatos izquierda extra-Concertación
1989	34,8*	55,17	
1993	30,59**	57,98	11,43***
1999	47,51	47,96	4,53****
2005	48,64*****	45,96	5,4

*Se consideran las votaciones obtenidas por Büchi y Errázuriz. **Se consideran las votaciones obtenidas por Alessandri y J. Piñera. ***Agrupadas como izquierda extra-Concertación se consideran las votaciones obtenidas por M. Max Neef (independiente), Pizarro (PC) y Reitze (PH). ****Agrupadas como otros candidatos, se consideran las votaciones obtenidas por Marín (PC), A. Frei (DC), Larraín (PV) e Hirsch (PH). *****Se consideran las votaciones obtenidas por Sebastián Piñera (RN) y Joaquín Lavín (UDI).

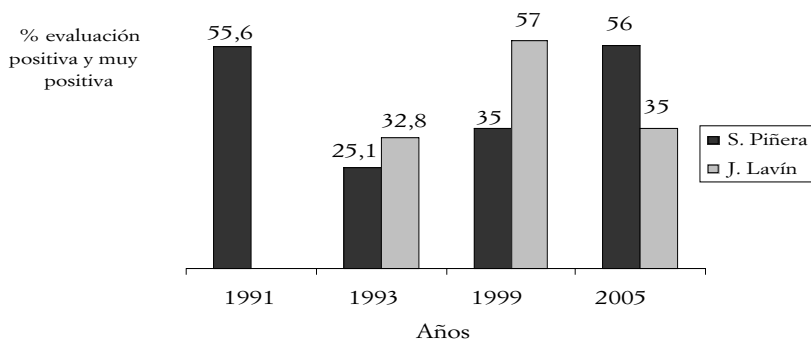
Fuente: Elaboración propia.

El año previo a la elección presidencial de 1993, este sector mostraba dos precandidaturas presidenciales, ambas provenientes de RN. Ellos eran la entonces diputada

Evelyn Matthei y el senador Sebastián Piñera. Ambos se enfrentaron en un conflicto fratricida. El hecho provocó una gran escisión entre las principales facciones del partido, la migración de Matthei a la UDI y el inicio de la hegemonía de dicho partido en la derecha. Los llamados duros –vinculados al gobierno de Augusto Pinochet– y los liberales –liderados por una nueva generación de representantes– se transformaron en las principales facciones del partido de centro-derecha, las cuales se enfrentan comúnmente en torno a la vinculación con el régimen militar y su herencia encarnada en la Constitución política (Cavallo, 1998; Otano, 1995; Bofill, 1992). Dada la gran división producida en el entonces principal partido de la derecha política ambas precandidaturas fueron desechadas. Finalmente se acordó el apoyo al senador independiente de derecha Arturo Alessandri Besa. Éste fue derrotado por Frei Ruiz-Tagle (DC), quien obtuvo un 58% de la votación.

Para las presidenciales de 1999, los partidos de derecha confiarían en el alcalde de Las Condes, Joaquín Lavín (UDI), como su abanderado presidencial. Lavín había sido candidato a alcalde en la primera elección municipal celebrada en 1992. Al obtener un 31% de la votación en Las Condes, logró imponerse como alcalde de esa emblemática y adinerada comuna de Santiago. Posteriormente, Lavín presentó su candidatura municipal en 1996, momento en que obtuvo el 78% en la misma comuna. Desarrollando un estilo pragmático y desvinculado de la discusión política contingente, el alcalde adquirió gran notoriedad. Hacia 1998, Lavín propuso una candidatura basada en un discurso apolítico y centrado en «los problemas de la gente» y en la necesidad de un «cambio». Lavín se había transformado en el personaje de derecha mejor evaluado por la ciudadanía desde el ejercicio de una alcaldía identificada como un adinerado reducto de derecha (González Camus, 2005). Paralelamente, el ex senador Sebastián Piñera (RN) volvía a plantear sus aspiraciones presidenciales. Esta vez, con un partido político menos relevante, con algunos años fuera de la política y concentrado en su actividad empresarial, Piñera había perdido notoriamente en popularidad, como se aprecia en la Figura II.

FIGURA II. EVOLUCIÓN POPULARIDAD DE JOAQUÍN LAVÍN Y SEBASTIÁN PIÑERA



Fuente: Elaboración propia en base a la serie de Estudios Nacionales de Opinión Pública, CEP, en www.cepchile.cl.

Dada su desventaja ante la opinión pública, Piñera desistió de su candidatura presidencial en 1999, dejando espacio para que, por primera vez desde el retorno a la democracia, la derecha presentara un candidato único. Joaquín Lavín superó el umbral del 43% alcanzado por Pinochet en 1988, ampliándolo hasta el 47%. Sin embargo, tras ser derrotado en enero de 2000, Lavín decidió seguir ocupando un espacio en la política nacional, esta vez, desde la comuna de Santiago, un bastión amplio y plural donde Lavín había logrado más votación que Lagos en diciembre de 1999. Finalmente se impuso como edil de Santiago, en octubre de 2000, con un 62% de la votación.

Durante 6 años, el abanderado de la UDI ejerció un papel primordial en la agenda pública. Pero su sobreexposición produjo un desgaste evidente en la evaluación ciudadana de su liderazgo. Lavín alcanzó su máximo punto de popularidad en diciembre de 2001, un año después de haber triunfado en Santiago. Sin embargo, ya para fines de 2002, comenzó a experimentar una caída que no podrá detener hasta provocar uno de los principales incentivos para el surgimiento de una candidatura presidencial alternativa de derecha.

Así se configuró una primera evidencia para que la derecha tuviera, nuevamente, incentivos para dividirse en la elección presidencial. Primero, Lavín sufría una merma en popularidad que hacía prever un colapso de sus opciones. Segundo, se perfiló una candidatura muy fuerte desde la atribulada Concertación, que había padecido fuertes escándalos de corrupción. Pero con la imposición de la candidatura de Bachelet, el electorado de la DC, por definición moderado e identificado con valores cristianos, quedaba huérfano políticamente y se abría la posibilidad de que un candidato presidencial de la derecha moderada pudiera captar sus preferencias. Finalmente, según el ciclo electoral chileno, en 2005 las elecciones presidenciales coincidían con los comicios parlamentarios. Esto contribuyó a despertar dudas en RN sobre la conveniencia de apoyar a Lavín como candidato único de la coalición de derecha, entonces ya conocida como Alianza. Al tener elecciones concurrentes, el sistema mayoritario utilizado para elegir presidente plantearía un incentivo contradictorio con el tipo de competencia producida por la regla binominal que rige la elección de parlamentarios. Mientras el primero plantea un incentivo a la moderación política, el segundo provoca un fuerte incentivo a la polarización y sitúa la competencia política al interior de los pactos. Así, el grupo de parlamentarios liberales de RN, comandados por Piñera, quien ocupaba la presidencia del partido, vio en la candidatura única de Lavín un peligro para las aspiraciones de la RN.

El candidato permanente de la Alianza, Lavín, había solicitado a los parlamentarios de RN el respeto a una tríada. Él quería la unidad en la Alianza por Chile, mantener una sola candidatura presidencial y, a la vez, abrir la competencia en las candidaturas al Parlamento de la Alianza en todo el país. Esta estrategia ponía en serio riesgo la capacidad de la RN para lograr la elección de un número razonable de parlamentarios en la lista de la Alianza. Eso llevó al órgano superior de ese partido, el Consejo Nacional, a contravenir la decisión de la cúpula agrupada en la Comisión Política Ampliada que en abril de 2005 había ratificado el apoyo de ese partido a la candidatura de Lavín. En sorpresiva decisión, el Consejo Nacional buscó contrapesar la incidencia que tendría

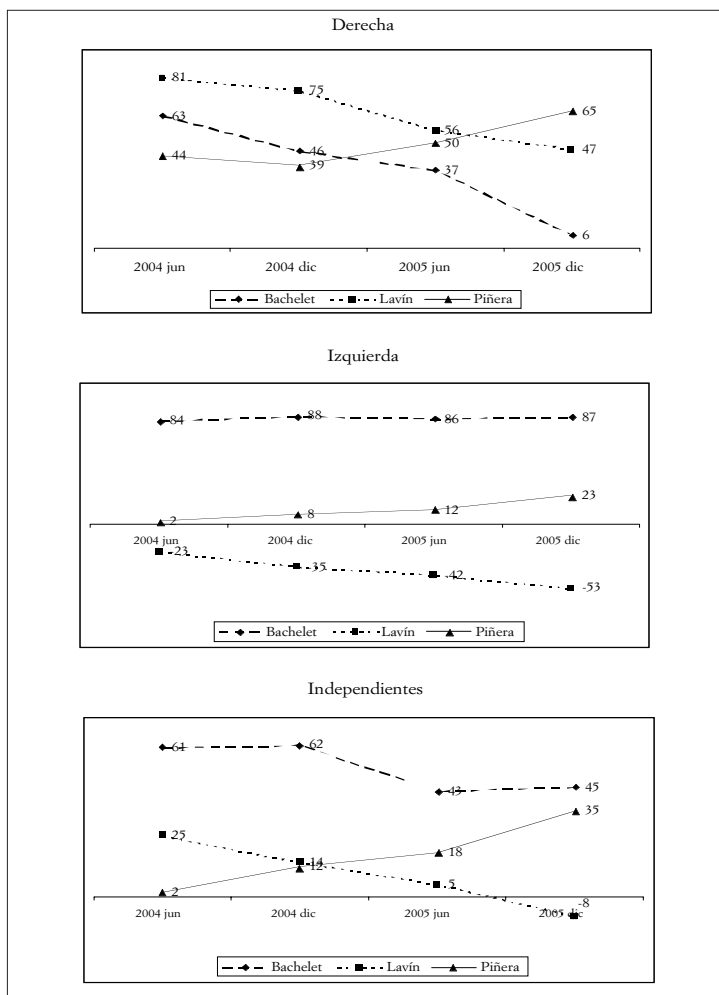
un presidenciable de la UDI en la distribución de escaños parlamentarios en la Alianza, proclamando a Sebastián Piñera como candidato presidencial de la RN. La derecha, nuevamente, se presentaría dividida a la elección presidencial.

V. LA DERECHA DIVIDIDA EN DOS CAMPAÑAS

La irrupción de Piñera en la campaña presidencial despertó grandes expectativas, previéndose un efecto en la intención de voto que tardó en reflejarse, pero finalmente provocó un reordenamiento en la distribución de las preferencias del electorado. La Figura III ilustra la evolución en la popularidad de los tres principales candidatos de la contienda de 2005. Como se puede observar, el candidato de la UDI sufrió una rápida pérdida de popularidad, aun antes de la irrupción de la candidatura de Piñera. Su imagen cayó transversalmente, incluso en su propio electorado. Mientras Lavín perdió 25 puntos de popularidad neta entre quienes se autocalificaban como simpatizantes de la derecha, Bachelet logró penetrar en este segmento. Un 39% de las personas que se identificaban con la derecha veían con simpatía su candidatura, en julio y agosto de 2005.

Consecuentemente, la intención de voto de la derecha mostraba una tendencia similar. Como queda ilustrado en la Figura IV, el 24% de los electores identificados con este segmento manifestaban su preferencia por la candidata oficialista. Mientras, Lavín perdió 6 puntos de intención de voto en este segmento entre junio y diciembre de 2004. Para junio de 2005 –con la candidatura RN ya proclamada– el entonces alcalde de Santiago ya había perdido, en un año, 27 puntos en su principal base electoral. Ahora bien, para junio de 2004 el 22% de los entrevistados se identificó con la derecha, el 12% con el centro, el 23% con la izquierda y el 38% se identificó como independiente o respondió ninguno. Para diciembre de 2004 la distribución se mantuvo más o menos similar. Esa encuesta arrojó los siguientes valores: 21% para la derecha, 12% para el centro, 24% para la izquierda y 37% para independientes y ninguno. Para junio de 2005, 25,2%, 16,5%, 26,5% y 28,1%. Y para diciembre de 2005, los valores eran 25,7%, 15,3%, 25,5% y 29,9% respectivamente. Así, si bien uno de cada cuatro electores se identificaba con la derecha, igual número se identificaba con la izquierda. Con el centro, en cambio, se identificaba siempre un porcentaje menor. Aquellos que se identificaban con otro/ninguno alcanzaban casi el 40% del electorado un año antes de la elección, pero disminuyeron a un 30% con el fragor de las campañas.

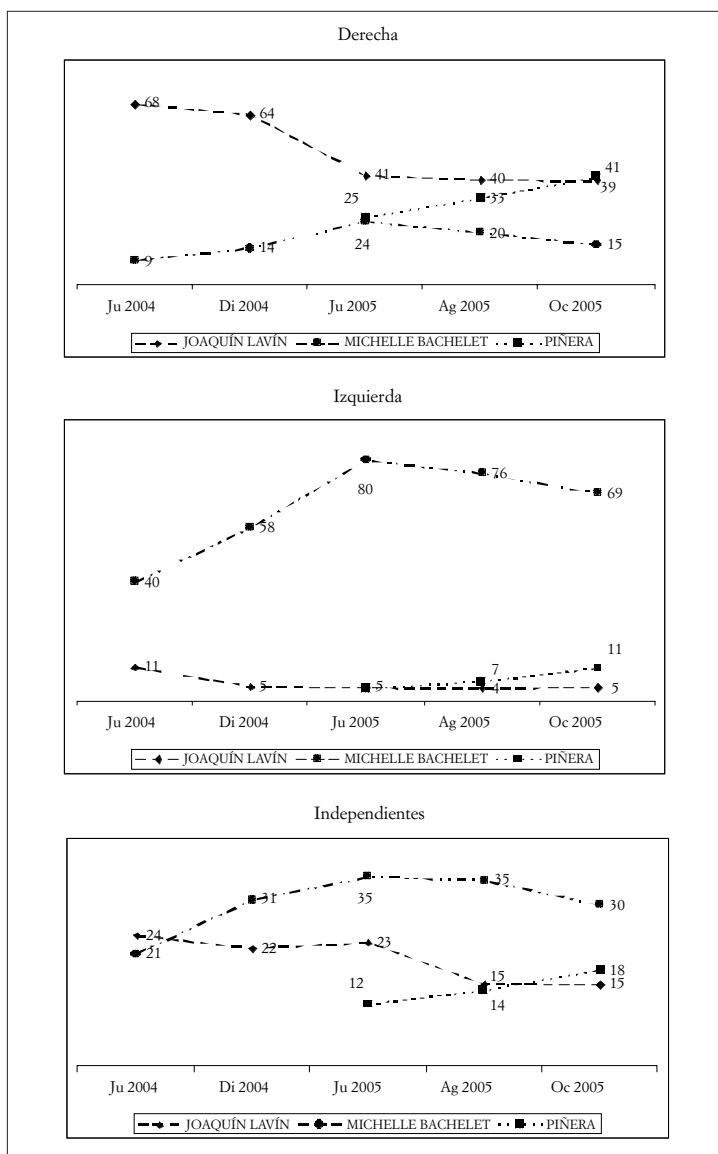
FIGURA III. EVOLUCIÓN DE LA POPULARIDAD DE CANDIDATOS PRESIDENCIALES



Fuente: Recopilación a partir de la serie de Estudios de Opinión Pública del CEP, en www.cepchile.cl.

La Figura IV muestra la intención de voto expresada en las encuestas del CEP. Queda en evidencia que la intención de voto por Joaquín Lavín mostraba una tendencia a la baja desde antes de la irrupción de Piñera. De hecho, es esa baja en su intención de voto la que ayuda a entender el porqué del sorpresivo ingreso de Piñera a la campaña presidencial.

FIGURA IV. EVOLUCIÓN EN LA INTENCIÓN DE VOTO POR AUTOIDENTIFICACIÓN POLÍTICA



Fuente: Elaboración propia desde las bases de datos de los estudios correspondientes de la Serie de Opinión Pública del CEP, en www.cepchile.cl.

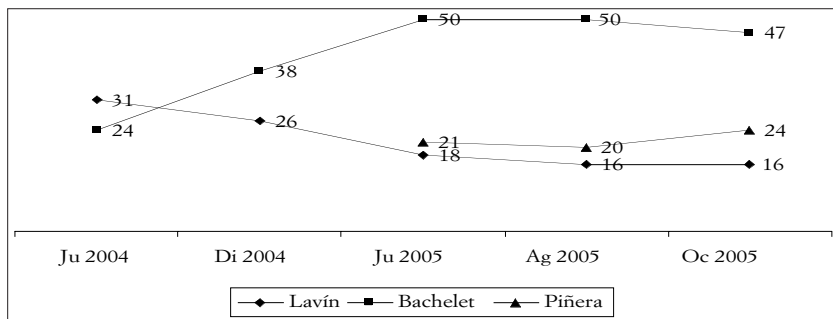
Después de declarar su candidatura presidencial, la primera medición del potencial político de Piñera no tuvo el efecto esperado en RN. Piñera recibía una intención de voto cercana al 25%. Esto significaba un respaldo inferior al que aún mantenía Lavín y muy similar al apoyo entre los propios electores de derecha que concitaba Bachelet. Asimismo, la penetración de Piñera en el electorado identificado con la izquierda era mínima (5%) y nunca lograría la transversalidad ideológica que demostró la candidatura de la primera candidata presidencial de la Concertación.

Ahora bien, el grupo electoral más importante en Chile es aquel no identificado con sectores ni tendencias: los independientes (que a junio de 2005 representaban el 38,5% del electorado). Allí estaba la última esperanza de Lavín, quien mantenía una ventaja importante sobre Piñera en este segmento (23% contra 12%). Pero ya para septiembre de 2005, una nueva encuesta del Centro de Estudios Públicos registró una mejora de Piñera tanto en el sector de derecha como entre los independientes. Afortunadamente para él, Piñera fue el único candidato que logró concitar un apoyo creciente entre los electores independientes durante los meses de campaña. Tanto Lavín como Bachelet mostraban estancamiento o pérdida de capital político entre el sector.

Esta tendencia favorable a Piñera reflejada en la intención de voto se veía también reflejada en el creciente rechazo a la candidatura de Lavín y en la mesurada caída en los atributos de transversalidad de Bachelet. El apoyo a Lavín cayó en todos los segmentos. Entre junio de 2005 y la elección de diciembre, el candidato de la UDI perdió otros 28 puntos netos de popularidad entre los electores de derecha, aumentó 30 puntos netos de rechazo entre el electorado de izquierda y, entre los independientes, pasó de 25 puntos de ventaja a contar 8 de desventaja. Así, para noviembre de 2005 Lavín sólo contaría con un 19,4% de intención de voto, Piñera, 22,6% y Bachelet 38,4%.

Como hemos señalado uno de los incentivos principales para la emergencia de la candidatura de Piñera y la nueva división de la centro-derecha fue la renuncia de Soledad Alvear (DC) a su candidatura antes de las primarias de la Concertación. Esa renuncia tempranamente abrió la oportunidad para que la derecha captara las preferencias de un electorado moderado e identificado con valores cristianos. A ese electorado apuntó

FIGURA V. INTENCIÓN DE VOTO DE AQUELLOS IDENTIFICADOS CON EL «CENTRO»



Fuente: Elaboración propia a partir de la Serie de Opinión Pública del CEP, en www.cepchile.cl.

Piñera durante el último mes de campaña y especialmente durante la segunda vuelta, al desarrollar permanentes alusiones y llamados al humanismo cristiano.

Sin embargo, como se puede observar en la Figura V, el éxito de Piñera en la consecución del voto moderado fue relativo. La tendencia a la baja de Lavín se confirma en este segmento. Pero la irrupción de Piñera, si bien implicó la recuperación de una porción de este electorado, no logró mitigar el efecto de la fuga de electores moderados hacia Bachelet, quien vio crecer el apoyo del sector de 38 a 50%, manteniéndose estable hasta el término de la campaña.

TABLA II. INTENCIÓN DE VOTO DE SIMPATIZANTES DE CENTRO
EN PRIMERA Y SEGUNDA VUELTA PRESIDENCIAL

Candidato	Intención de voto en primera vuelta	Intención de voto en segunda vuelta Bachelet vs Piñera	Intención de voto en segunda vuelta Bachelet vs Lavín
Bachelet	47%	54%	61%
Lavín	16%	–	25%
Piñera	24%	33%	–

Fuente: Elaboración propia a partir del Estudio Nacional de Opinión Pública N.º 51 del CEP, en www.cepchile.cl.

Esta misma estabilidad se observa en la Tabla II. Efectivamente, la aparición de Piñera concitó apoyo del sector moderado. Sin embargo, no logró mermar el potencial electoral de Bachelet. Asimismo, tanto en primera como en segunda vuelta se podría prever un mayor apoyo a Piñera desde los electores autoidentificados como de centro. Pero después de la salida de Alvear del escenario, los electores moderados se dividían al ser consultados por su votación en segunda vuelta. Así, Bachelet recibió un apoyo mayoritario del sector y, además, necesariamente recibiría buena parte del electorado proveniente del candidato de derecha que quedara en el camino.

De acuerdo a los incentivos a la división política planteados a la centro-derecha chilena en 2004 y 2005 y a la evolución de la intención de voto señalada anteriormente, podemos evaluar la efectividad de la opción tomada por la derecha ante los últimos comicios presidenciales.

Respecto al primer incentivo, consistente en la constante lucha en el sector por alcanzar la hegemonía en la Alianza, la candidatura de Piñera logró instalar a la derecha moderada como el principal referente presidencial del pacto. Sin embargo, los resultados de la elección parlamentaria celebrada junto a los comicios presidenciales muestran que RN –o más específicamente Piñera– no logró anular los efectos electorales de la asimetría de financiamiento y organicidad de los dos partidos de derecha. Así, mientras RN logró elegir 19 diputados (tenía 21), la UDI quedó con la bancada más grande de Chile, con 26 escaños (de los 120 que tiene la Cámara de Diputados.) Así, mientras la UDI mantuvo la hegemonía del sector en el Congreso, su mejor alternativa presidencial proviene del sector moderado o liberal.

Por último, debido al efecto de su candidatura sobre la intención de voto de los distintos grupos (derecha, centro, izquierda e independientes), Piñera logró reducir la

penetración electoral de Bachelet en el electorado de derecha, recuperando una porción del electorado volátil. Sin embargo, la salida de Alvear motivó en mayor medida a los moderados (independientes) y de centro a apoyar a Bachelet. La candidatura de Piñera no fue suficiente para detener esta tendencia. Así y todo, Piñera y Lavín sumaron más votación que la candidata concertacionista de centro-izquierda. Bachelet debió ir al segundo balotaje en la historia de Chile, donde se impuso con 53% de los votos.

VI. LOS DESAFÍOS DE LA PRESIDENTA

Durante su campaña, Bachelet demostró una combinación de férrea disciplina partidaria y de coalición con sorpresivas promesas y compromisos que resaltaban su intención de introducir cambios en la forma de gobernar. De acuerdo a sus declaraciones, no planea cambiar sustancialmente la orientación de las políticas adoptadas por sus predecesores. En cambio, sí prometió incrementar la participación ciudadana, tanto en la formulación como en la implementación de propuestas. Si los gobiernos de la Concertación tuvieron éxito al implementar políticas adecuadas desde arriba hacia abajo, ella prometía que las políticas ahora también tendrían un componente que se hiciera cargo de la demanda ciudadana de participación (*bottom-up*).

Tal vez su promesa más sorpresiva, la que generó mayor conmoción —especialmente en la élite política— fue su determinación a introducir la igualdad de género en su gobierno (el mismo número de hombres que mujeres en los ministerios). Pero su determinación por incluir caras nuevas también la llevó a prometer, tal vez demasiado intempestivamente, que «nadie repetiría el plato» (lo que fue ampliamente interpretado como que todos sus ministros serían caras nuevas). Estas dos promesas —acción afirmativa de género y recambio de rostros— simbolizaron, mejor que ninguna otra, la determinación de la doctora a renovar las políticas de la Concertación.

La naturaleza de sus principales promesas de campaña subraya el principal desafío de su gobierno: aunque los programas económicos y sociales probablemente privilegien una saludable continuidad, la forma de hacer política y de relacionarse con la ciudadanía inevitablemente tendrá que ser más integradora y participativa.

Ahora bien, algunas de las promesas realizadas por Bachelet implican enormes desafíos para el diseño democrático que existe hoy en Chile. Además de haber evolucionado desde una transición a la democracia tácitamente pactada por las élites partidistas y por la saliente dictadura (Godoy Arcaya, 1999), la democracia chilena en la década de 1990 fue esencialmente representativa con niveles de participación ciudadana particularmente bajos (PNUD, 2004). La preocupación de Bachelet por incentivar mayores niveles de participación la llevó a poner especial énfasis durante su campaña en iniciativas que promovieran lo que se dio en llamar «gobierno ciudadano» o «democracia participativa». Naturalmente, porque la democracia representativa se basa en el principio de la igualdad —somos todos iguales al momento de votar— las iniciativas que promueven la participación levantan sospechas sobre las desiguales condiciones en que participan distintos sectores. Ya que no somos todos iguales al momento de

votar, las propuestas a favor de mayores niveles de participación que realizó Bachelet durante su campaña deberán ser articuladas de forma tal que no alteren los principios igualitarios de la democracia representativa. A medida que avance su gobierno, las iniciativas que se promuevan desde La Moneda darán cuenta tanto del grado de compromiso de la administración Bachelet con las iniciativas de participación ciudadana así como de la capacidad del gobierno para balancear adecuadamente la preocupación con lograr mayores niveles de participación y la protección de los principios igualitarios que informan la democracia representativa.

Pero en forma independiente de qué tan exitoso sea el gobierno en su intento por promover mayores niveles de participación, la principal vara con que se medirá el éxito del gobierno tendrá que ver con la capacidad de Bachelet de liderar un cuatrienio donde se mantengan los saludables niveles de crecimiento y expansión económica que caracterizó la segunda parte del sexenio de Lagos y donde, además, se logre avanzar más decididamente en la erradicación de los (reconocidamente bajos) niveles de pobreza que posee Chile y (más importante aún) en reducir los vergonzosamente altos niveles de desigualdad que han caracterizado por décadas a la sociedad chilena.

Precisamente porque resultaría excesivamente arriesgado –y posiblemente innecesario– alterar la hoja de ruta económica que ha convertido a Chile en el país más exitoso de la región desde 1990, Bachelet deberá intentar cumplir las promesas de inclusión y participación. Durante su campaña presidencial, uno de los símbolos más exitosos fue la distribución de réplicas en papel de la banda presidencial, que eran entusiastamente utilizadas por personas, fundamentalmente mujeres, como señal de apoyo. En la medida que los chilenos –y especialmente aquellas chilenas que antes no habían votado por la Concertación– sientan que durante el mandato de Bachelet son efectivamente las portadoras de la banda presidencial, la primera presidenta mujer pasará a la historia como quien fue capaz de transformar a la exitosa Concertación en una coalición que, además de saber gobernar, es capaz de incorporar a muchas más personas en el proceso de diseño e implementación de sus políticas.

VII. CONCLUSIONES

La elección presidencial de Chile en 2005 pasará a la historia por haber sido la primera vez en que los chilenos escogieron a una mujer como presidenta de la República. Pero si bien la llegada de una mujer al poder constituye un hito innegable en el desarrollo histórico y democrático del país, la elección de 2005 también constituyó la primera vez en la historia chilena en que una misma coalición de gobierno obtiene una cuarta victoria presidencial consecutiva. Si bien 2005 será recordado como el año de Michelle Bachelet, también debiera ser recordado como el momento notable en que la Concertación por la Democracia, creada en 1988 para lograr la salida pacífica del dictador militar Augusto Pinochet, logró anotarse una victoria electoral sin precedentes en la historia de Chile y de las democracias consolidadas de América Latina. En un sistema perfectamente competitivo, la Concertación logró obtener su cuarta victoria

electoral en una contienda presidencial y su quinto triunfo consecutivo en una contienda parlamentaria en diciembre de 2005. El incuestionable predominio de la coalición de centro-izquierda en la política electoral chilena ha sido acompañado de notables resultados en términos económicos. El sostenido crecimiento experimentado por Chile desde el fin de la dictadura y los enormes avances en reducción de la pobreza simultáneamente dan fe del éxito de la Concertación así como contribuyen a explicar las razones por las que esta coalición multipartidista ha logrado mantenerse en el poder desde el retorno de la democracia a Chile en marzo de 1990.

La victoria electoral de Bachelet fue ciertamente un hito histórico en el proceso de inclusión de la mujer a la vida política de Chile. Pero el triunfo presidencial de la Concertación en la segunda vuelta de enero de 2006 también constituye una evidencia notable del fenómeno político más importante observado en Chile en las últimas décadas, la formación y consolidación en el poder de una coalición multipartidista de centro-izquierda estable, exitosa y capaz de reinventarse e innovar de una forma tal que ahora asegura una nueva razón para ocupar un lugar destacado en los libros de historia, haber logrado llevar a la primera mujer a la presidencia de Chile.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- ALLAMAND, Andrés. *La Travesía del desierto*. Santiago: Aguilar, 1999a.
— Las paradojas de un legado. En DRAKE, P. y JAKSIC, I. (eds.). *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*. Santiago: LOM, 1999b.
- ANGELL, Alan. La Elección Presidencial de 1989. La Política de la Transición a la Democracia. En SAN FRANCISCO, A. y SOTO, Á. *Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005.
- ANGELL, Alan y POLLACK, Benny. The Chilean Presidential Elections of 1999-2000 and democratic consolidation. *Bulletin of Latin American Research*, 2000, vol. 19: 357-378.
- BOENINGER, Edgardo. *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1997.
- BOFILL, Cristian. *Los muchachos impacientes*. Santiago: Editorial Copesa, 1992.
- CAVALLO, Ascanio. *Historia oculta de la transición*. Santiago: Grijalbo, 1998.
- DRAKE, Paul y JAKSIC, Ivan (eds.). *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los '90*. Santiago: LOM, 1999.
- DUSSAILLANT, Patricio. La Elección Presidencial de 1999-2000. El Siglo Terminó en Empate. En SAN FRANCISCO, A. y SOTO, Á. *Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005.
- FEREJOHN, John. Incumbent Performance and Electoral Control. *Public Choice*, 1986, vol. 50: 5-25.
- GIL, Federico. *El sistema político de Chile*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969.
- GODOY ARCAÑA, Óscar. Las elecciones de 1993. *Estudios Públicos*, 1994, vol. 54, otoño.
— La Transición a la democracia: Pactada. *Estudios Públicos*, 1999, vol. 74: 79-106.
- GONZÁLEZ CAMUS, Ignacio. *Joaquín Lavín. Sonriendo por la vida*. Santiago: Catalonia, 2005.
- GROFMAN, Bernard. *Information, Participation and Choice. An Economic Theory of Democracy in Perspective*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995.

- LAU, Richard R. y REDLAWSK, David P. *How Voters Decide. Information Processing During Elections Campaigns*. New York: Cambridge University Press, 2006.
- MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo y JOIGNANT, Alfredo (eds.). *La caja de pandora. El retorno de la transición chilena*. Santiago: Planeta/Ariel, 1999.
- MONTES, Juan E.; MAINWARING, Scott y ORTEGA, Eugenio. Rethinking the Chilean Party Systems. *Journal of Latin American Studies*, 2000, vol. 32: 795-824.
- MOULIÁN, Tomás. *El Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago: LOM-Arcis, 1997.
- MUÑOZ, Heraldo. *Una guerra solitaria. La historia secreta de EE.UU. en Irak, la polémica en la ONU y el papel de Chile*. Santiago: Debate, 2005.
- NAVIA, Patricio. Modernización del Estado y Financiamiento de la Política: Una Crisis que se Transformó en Oportunidad. En STEFONI, C. (ed.). *Chile 2003-2004. Los nuevos escenarios (inter) nacionales*. Santiago: FLACSO, 2004.
- La elección presidencial de 1993. Una elección sin incertidumbre. En SAN FRANCISCO, A. y SOTO, Á. (eds.). *Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005.
- NAVIA, Patricio y JOIGNANT, Alfredo. Las elecciones presidenciales de 1999: la participación electoral y el nuevo votante chileno. En ROJAS ARAVENA, F. (ed.). *Chile 1999-2000. Nuevo Gobierno: Desafíos de la reconciliación*. Santiago: FLACSO, 2000.
- OTANO, Rafael. *Crónica de la transición*. Santiago: Planeta, 1995.
- PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD). *Desarrollo Humano en Chile. El poder, para qué y para quién*. Santiago: PNUD, 2004.
- PRZEWORSKI, Adam. *Democracy and the Market*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
- SCULLY, Timothy R. *Rethinking the Center. Party Politics in Nineteenth- and Twentieth- Century Chile*. Stanford: Stanford University Press, 1992.
- TIRONI, Eugenio y AGÜERO, Felipe. ¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno? *Estudios Públicos*, 1999, vol. 74: 151-168.
- TORCAL, Mariano y MAINWARING, Scott. The Political Recrafting of Social Bases of Party Competition: Chile, 1973-95. *British Journal of Political Science*, 2003, vol. 33: 55-84.
- VALENZUELA, Arturo. *Political Brokers in Chile: Local Government in a Centralized Polity*. Durham: Duke University Press, 1977.
- VALENZUELA, J. Samuel y SCULLY, Timothy R. Electoral choices and the party system in Chile- Continuities and changes at the recovery of democracy. *Comparative Politics*, 1997, vol. 29 (4): 511-527.
- WINN, Peter (ed.). *Victims of the Chilean Miracle. Workers and Neoliberalism in the Pinochet era, 1973-2002*. Durham: Duke University Press, 2004.
- ZALDÍVAR LARRAÍN, Andrés. *La transición inconclusa*. Santiago: Editorial Los Andes, 1995.